

Noam Chomsky

Porque lo decimos nosotros

Ideal democrático, estrategias de poder
y manipulación en el siglo XXI

Título original: *Because We Say So*, de Noam Chomsky
Publicado originalmente en inglés por City Lights Books

Traducción de Albino Santos Mosquera

1.ª edición, enero de 2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Noam Chomsky, 2015
© del prólogo, Henry A. Giroux, 2015
© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2017
© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2017
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3290-6
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Depósito legal: B. 23.643-2016

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

<i>Prefacio. Noam Chomsky y el intelectual público en tiempos turbulentos, por Henry A. Giroux</i>	9
Precipicio abajo	27
Reconocer a las «no personas»	33
Aniversarios de la «no historia».	39
¿Qué intenciones tiene Irán?	45
La ofensiva contra la educación pública	51
Cartagena: más allá del escándalo del servicio secreto Atrocidades de otros	57 63
La Gran Carta: su suerte, la nuestra	69
A la sombra de Hiroshima	75
Cuando la farsa raya en tragedia	81
Temas que Obama y Romney evitan tocar	87
Gaza, la mayor prisión al aire libre del mundo	93
Gaza, atacada	103
La amenaza más grave a la paz mundial	111
¿Quiénes son los dueños del mundo?	117
¿Puede la civilización sobrevivir al capitalismo?	121
En Palestina, dignidad y violencia	129
Boston y más allá	135
Culpables en Guatemala	141
¿Quiénes son los dueños de la Tierra?	147
¿Viaja Edward J. Snowden en este avión?	153
El «intermediario honrado» es un sinvergüenza	159
La doctrina Obama	165

Desamericanizar el mundo	171
El «Eje del Mal», reconsiderado	177
¿Qué es el bien común?	183
Prerrogativas del poder	191
Seguridad y política de Estado	197
Perspectivas de supervivencia	203
Líneas rojas en Ucrania y más allá	209
Edward J. Snowden, el «criminal más buscado» del mundo	215
El mundo y la mentalidad de mazo destructor	221
Pesadilla en Gaza	227
<i>Colofón. El búho de Minerva</i>	235
<i>Índice</i>	241

PRECIPICIO ABAJO

5 de diciembre de 2011

Una de las tareas que tiene ante sí la conferencia de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático que se está celebrando estos días en Durban (Sudáfrica) es la de ampliar decisiones políticas anteriores que tenían un alcance limitado y solo se implementaron en parte.

Tales decisiones se remontan a la Convención de Naciones Unidas de 1992 y al Protocolo de Kioto de 1997, que Estados Unidos se negó a adoptar. El primer período de compromisos de dicho protocolo vence en 2012. Pues bien, un titular de *The New York Times* captaba a la perfección cierto estado de ánimo bastante generalizado antes del inicio de la conferencia: «Temas urgentes, pero expectativas bajas».

Al tiempo que los delegados se reúnen en Durban, se ha publicado un informe con una actualizada síntesis de diversos sondeos de opinión elaborada por el Council on Foreign Relations y el Program on International Policy Attitudes (PIPA), en el que se pone de manifiesto que «la ciudadanía de diversos países de todo el mundo y de Estados Unidos opina que sus gobiernos deberían prestar una atención prioritaria al calentamiento global y apoyar decididamente acciones multilaterales encaminadas a buscarle remedio».

La mayoría de los ciudadanos estadounidenses son de ese parecer, pero el PIPA aclara también que el porcentaje de quienes así opinan «ha descendido en los últimos años, con lo que la preocupación en Estados Unidos por este tema es

28 Porque lo decimos nosotros

significativamente más baja que la media mundial: un 70% frente a un 84%».

«Los estadounidenses no perciben que exista un consenso científico acerca de la necesidad de actuar con urgencia sobre el cambio climático [...]. Una gran mayoría piensa que, en un momento u otro, el cambio climático le afectará personalmente, pero solo una minoría cree que ese cambio le está afectando ya, a diferencia de lo que se piensa en la mayoría de los demás países. Los estadounidenses, además, tienden a infravalorar el nivel de preocupación de sus conciudadanos por ese tema.»

Estas actitudes no son ninguna casualidad. En 2009, las patronales del sector energético, respaldadas por grupos de presión empresariales, lanzaron grandes campañas dirigidas a arrojar dudas sobre la gravedad de la amenaza del calentamiento global de origen humano y sobre el consenso casi unánime actualmente existente entre los científicos en torno a ese diagnóstico.

Y si el consenso no pasa de «casi unánime», es porque no incluye a los muchos expertos que consideran que las advertencias a propósito del cambio climático no van todo lo lejos que deberían ir, ni tampoco incluye al grupo marginal de los que niegan la existencia de amenaza alguna en ese sentido.

Muchos consideran «equilibrada» la manera convencional de cubrir informativamente el tema con declaraciones a favor y en contra a partes iguales, pero eso no hace más que colocar en pie de igualdad a la inmensa mayoría de los científicos, que se sitúan en uno de los bandos, con los negacionistas, situados en el otro. Además, a los científicos que lanzan advertencias más severas aún prácticamente se los ignora en los medios.

Una de las consecuencias de ese tratamiento informativo es que apenas un tercio de la población estadounidense cree actualmente que exista un consenso científico en torno a la

amenaza de calentamiento global, una proporción muy inferior a la media mundial y radicalmente incongruente con los datos disponibles.

No es ningún secreto que el Gobierno de Estados Unidos siempre va a la zaga en el terreno climático. Según el propio PIPA, «las ciudadanías del resto de los países del mundo muestran en años recientes un elevado grado de desaprobación respecto al modo en que Estados Unidos está gestionando el problema del cambio climático. En general, Estados Unidos está ampliamente considerado como el país que tiene el efecto más negativo sobre el medio ambiente mundial, seguido de China. Alemania recibe las mejores valoraciones».

Para adquirir cierta perspectiva sobre lo que está ocurriendo en el mundo, resulta útil a veces adoptar la postura de unos hipotéticos observadores extraterrestres inteligentes que estuvieran mirando la rara manera de comportarnos que tenemos aquí, en la Tierra. Desde luego, no saldrían de su asombro al ver que el país más rico y más poderoso de toda la historia es el que lidera actualmente a los *lemmings* que tan despreocupadamente desfilamos camino del precipicio.

El mes pasado, la Agencia Internacional de la Energía (AIE), formada en 1974 por iniciativa del secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, publicó su último informe sobre el rápido incremento de las emisiones carbónicas procedentes del consumo de combustibles fósiles.

La AIE calcula que, si el mundo continúa con su tendencia actual, el «presupuesto de carbono» se habrá agotado para no más tarde de 2017. Ese presupuesto es la cantidad de emisiones de gases carbónicos máxima admisible para mantener el calentamiento global dentro del límite de seguridad de los dos grados centígrados por encima de la temperatura mundial de la era preindustrial.

El economista jefe de la AIE, Fatih Birol, declaró a ese respecto que «la puerta se está cerrando [...]. [S]i no varia-

30 Porque lo decimos nosotros

mos el rumbo ahora en nuestra manera de consumir energía, terminaremos por encima de lo que los científicos nos dicen que es el mínimo (de seguridad). Y, entonces, la puerta se habrá cerrado para siempre».

También el mes pasado, el Departamento de Energía estadounidense hizo públicas las cifras de emisiones correspondientes a 2010. Estas han dado «el mayor salto registrado hasta la fecha», según informaciones de Associated Press, lo que significa que los «niveles de gases de efecto invernadero están por encima de los imaginados para el peor de los casos previstos» por el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés) en 2007.

John Reilly, codirector del programa del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) sobre cambio climático, declaró a Associated Press que los científicos han considerado generalmente demasiado conservadoras las predicciones del IPCC (contrariamente a lo que se afirma desde el marginal sector de los negacionistas, que tanta atención mediática recibe). Reilly reveló que el más pesimista de los escenarios futuros previsto por el IPCC vendría a coincidir más o menos con el escenario medianamente pesimista de los varios contemplados en las proyecciones elaboradas por los científicos del MIT.

Mientras se publicaban tan poco halagüeñas noticias, el *Financial Times* dedicaba toda una página a las optimistas expectativas de que Estados Unidos alcance la independencia energética durante un siglo entero gracias a las nuevas tecnologías de extracción de combustibles fósiles en suelo norteamericano.

Aunque las proyecciones son aún inciertas, según el propio *Financial Times*, Estados Unidos podría «adelantar rápidamente a Arabia Saudí y a Rusia, y convertirse en el mayor productor mundial de hidrocarburos líquidos, sumando tan-

to el petróleo en crudo como los líquidos del gas natural, más ligeros».

De materializarse tan «feliz» perspectiva, Estados Unidos podría aspirar a retener su hegemonía global durante mucho tiempo. Sin embargo, más allá de alguna que otra referencia suelta al impacto ecológico local, el *Financial Times* no decía nada acerca de la clase de mundo que cabría esperar que emergiera de tan emocionantes posibilidades de futuro. La energía está para quemarla, y al medio ambiente global, que lo zurzan, ¿no?

Prácticamente, todos los gobiernos del planeta están tomando medidas de freno (como mínimo) para tratar de minimizar la catástrofe en ciernes. Y Estados Unidos se ha situado a la cabeza, sí, pero de la tendencia contraria. La Cámara de Representantes federal, dominada por los republicanos, está desmantelando actualmente una serie de medidas medioambientales introducidas en tiempos de Richard Nixon, quien, en muchos sentidos, fue el último presidente «socialdemócrata» de este país.

Tan reaccionaria conducta es uno de los muchos indicios de la crisis padecida por la democracia estadounidense a lo largo de la pasada generación. La distancia de separación entre opinión pública y políticas públicas ha crecido hasta devenir en un abismo en lo referente a temas centrales del debate político actual, como el déficit y el empleo. Sin embargo, gracias a la ofensiva propagandística, esa distancia es ahora menor de lo que debería ser en relación con el tema más grave de la agenda internacional de hoy día y, posiblemente, de toda la historia.

Bien podríamos perdonar a nuestros hipotéticos observadores extraterrestres si llegaran a la conclusión de que debemos de estar infectados por alguna forma de locura letal.